

ADMINISTRACIÓN LÍRICO - DRAMÁTICA
DE
HIJOS DE E. HIDALGO, EDITORES.
MAYOR, 16, entresuelo. = MADRID.

LA PENITENCIA

JUQUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO,

estrenado con gran éxito

el día 2 de Septiembre de 1899, en el TEATRO PRINCIPAL de Cádiz,

original de

Pedro Riaño de la Iglesia.



CÁDIZ 1900.

TIPOGRAFÍA DE LAS HIJAS DE NIEL, Á CARGO DE MANUEL POTTIERS
2. CALLE Y PLAZA DE SAN FRANCISCO, 2.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

T BORRÁS

N.º de la procedencia

4607

LA PENITENCIA

Esta obra es propiedad del autor. Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACQUISITION

ADMINISTRACIÓN LÍRICO - DRAMÁTICA
DE
HIJOS DE E. HIDALGO, EDITORES.
MAYOR, 16, entresuelo.=MADRID.

LA PENITENCIA

JUQUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO,

estrenado con gran éxito

el día 2 de Septiembre de 1899, en el TEATRO PRINCIPAL de Cádiz,

original de

Pedro Riaño de la Iglesia.



CÁDIZ 1900.

TIPOGRAFÍA DE LAS HIJAS DE NIEL, Á CARGO DE MANUEL POTTIERS
2. CALLE Y PLAZA DE SAN FRANCISCO, 2.

PERSONAJES.

DOÑA ANACLETA	Sra. Losada, D. ^a Amalia.
MARÍA	Srta. Cano, „ Luisa.
ROSA	„ Alcoba, „ Josefa.
ENRIQUE	Sr. Navas, D. Enrique.
D. BIENVENIDO.	„ ESPEJO, „ Manuel.
JUANITO.	„ Rodrigo, „ Francisco.
EL MORRALETE.	„ Corregel, „ Manuel.

~~~~~  
Época actual.

(Derecha é izquierda, las del expectador).

LIBRARY UNIV. OF  
NORTH CAROLINA

Al Sr. D. Manuel Espejo:

Testimonio de consideración y cariñosa  
muestra de afecto al Distinguido primer actor  
que de manera tan magistral supo dar calor y  
vida á los personajes de este modesto ensayo.

*El Autor.*

862.8  
T2553  
v. 204

724295





D.<sup>a</sup> ANAC. A la *Suma* me refiero  
de Santo Tomás.

ENR. —Pues qué,  
¿fué ese doctor tan excelso,  
matemático?

D.<sup>a</sup> ANAC. —*La Suma*  
*Teológica.*

ENR. —Ah, ya recuerdo.  
(Una *suma* que, por poco,  
me *resta* tan buen concepto  
como el que de mi has formado.)

D.<sup>a</sup> ANAC. De otras virtudes no hablemos;  
ella aprendió las labores  
que son propias de su sexo  
y esos estudios de adorno  
y esas artes de recreo  
que hacen amar el trabajo  
sin darle fatiga al cuerpo.

ENR. —¿Música?

D.<sup>a</sup> ANAC. —Canta muy bién.

ENR. ¿Francés?

D.<sup>a</sup> ANAC. —Lo habla con esmero.

ENR. ¿Dibuja?

D.<sup>a</sup> ANAC. —Con corrección.

ENR. —¿Toca el piano?

D.<sup>a</sup> ANAC. —Ya lo creo;

solo de modas no entiende  
ni muestra tampoco empeño;  
dice que estando aseada  
lo demas es muy supérfluo.

ENR. En fin, querida tutora,  
que al seguir sanos consejos  
si con mi deber cumplí  
tan solo á usted se lo debo.  
Porque de aquí no se borra,  
aunque los años corrieron,  
lo que por mi hermana y yo  
al vernos solos y huérfanos  
hizo usted.

(Del corazón)

D.<sup>a</sup> ANAC. —Pues nada, hijo,  
no hice nada de provecho.  
Me limité solamente  
á aceptar el nombramiento  
de tutora y curadora  
de dos tan lindos polluelos,  
y así pasaron los días  
de juveniles ensueños.  
Hoy, al cabo de los años,  
sola y viuda me encuentro;  
mas al recibir tu carta  
y el galante ofrecimiento  
de que en la casa viviera

de este mi pollo travieso  
que al ser de mayor edad  
ya no le ví más el pelo....

ENR. Más de un año estuve ausente.

D.<sup>a</sup> ANAC. No dudé; me dije: acepto;  
al punto fuí por María  
que es todo un angel del cielo  
y hemos estado impacientes  
esperando tu regreso.

ENR. Aquí estoy ya.

D.<sup>a</sup> ANAC. —Sí y casado

y tan sanote y apuesto.

ENR. La vida del matrimonio  
no es la misma del soltero.  
(Con dos años de esta vida  
de fijo entrego el pellejo).

D.<sup>a</sup> ANAC. Ea, ya hablamos un ratito.

ENR. Que fué para mí un momento.

D.<sup>a</sup> ANAC. Pondremos punto final;  
echo la labor al cesto, (Hace lo que indica).  
me retiro por... el foro  
y vóime para allá dentro  
si no mandas otra cosa.

ENR. Usted me manda.

D.<sup>a</sup> ANAC. —Hasta luego

Enrique.

ENR. —Doña Anacleta,  
siempre á sus órdenes quedo;  
Id con dios.

D.<sup>a</sup> ANAC. —Y con María.

(¡Qué inocentote y qué bueno!) (Vase).

## ESCENA SEGUNDA

ENRIQUE solo.

Dijo mi buena ex-tutora  
que estoy casado y sanote;  
¡Ay Enrique! Este es un... mote  
que te ha puesto la señora. (Representando lo que dice).  
—Se va usted mojando.

—Sí

¿y á usted qué le importa?

—Nada,

pero yendo tan mojada  
no llegará á Chamberí.

—De veras.

—Es que la sal  
con agua lluvia no se hace

—Pus á mí no me deshace

ni *er deluvio* universal.  
Sal la llamé por fineza  
dijera de buena gana  
sal... pero por la ventana  
aunque salgas de cabeza. (Transición.)  
Fué este de ajedrez un juego.  
Yo muchos *jaques* le dí;  
de mis casillas salí  
y no pude tornar luego.  
Anduve de ceca en meca  
sin esperar rudo ataque.  
¡Al recordar aquel jaque  
siento que me da jaqueca!  
Un hermano fué... el alfil  
que agravó mi situación;  
y el padre que era un peón...  
era un peón de albañíl.  
Este fué quien me dió un mate...  
quedé vencido y maltrecho.  
Diremos: «A lo hecho pecho.» (Coge el sombrero.)  
«Paciencia y engurruñate.» (Váse por el foro.)

## ESCENA TERCERA

MARÍA sola.

Sale (2.<sup>a</sup> puerta izquierda.) Vestida de educanda, trenzas colgando, etc. Leyendo en una hoja de almanaque de pared.

### **Meditación del día.**

«Qué de encanto y dulzura  
presta á la vida el religioso celo.  
Cuán triste el corazón que en su amargura  
no logra adivinar el bien del cielo.  
Hoy, cristiano lector, si para el alma  
quieres lograr la codiciada palma,  
reconcentra tu espíritu obcecado  
y piensa en el pecado.»  
«Penitencia. No comer nada  
entre horas, ni dulces.» (Con mucha in ocencia.)  
Es un tema difícil; cada día  
pone en torturas la ignorancia mia  
este almanaque ameno  
de máximas morales siempre lleno  
y que se jacta ufano  
de ser regla de todo fiel cristiano. (Pausa. Meditando.)  
A Inés el padre Arturo  
le dijo la otra tarde en el recreo,  
que el corazón más puro

se pone cuando peca muy obscuro  
así, como el color del chocolate;  
y porque Inés, más roja que un tomate,  
le preguntó al momento,  
¿color del chocolate del convento?  
se lo contó á Sor Ana  
que la tuvo en castigo una semana.  
Y el padre Cabritilla  
nos dijo en un sermón muy celebrado  
que los siete pecados capitales  
y todos los veniales  
si Eva los dió á comer en la manzana,  
no fué con mala idea,  
Eva no era capaz de acción tan fea.  
Como á Adán le faltaba una costilla  
el pobre se encontraba delicado  
y ella le daba de comer de todo  
entregada celosa á su cuidado.  
Y es natural, tragando de aquel modo,  
también tragó el pecado.  
¡Qué impresión de tristeza  
tendrá el alma á quien Dios faltas inculpa!  
Pensando así se pierde la cabeza.  
*Miserere. Mea culpa.* (Reza en el devocionario.)

## ESCENA CUARTA

MARÍA y ROSA

- ROSA. (Desde la puerta primera derecha).  
—Vamos, no pierdes el tiempo.  
Qué religiosa.
- MARÍA. —Mil gracias.
- ROSA. ¿Qué oración rezas? (Adelantando.)
- MARÍA. —Del coro  
una que ahora recordaba.
- ROSA. De seguro que las monjas  
te echarán mucho en su casa  
de ménos.
- MARÍA. —Es natural  
y yo allí tambien estaba  
muy contenta.
- ROSA. —La costumbre  
de hallarte siempre encerrada.  
(Doña Anacleta se asoma, primera puerta izquierda.)  
En cuanto vengas conmigo  
dos veces á la semana  
por lo menos al teatro,  
ya no tendrás tantas ganas  
de rezos y de oraciones

propios para sacar ánimas  
y olvidarás el convento  
desde el torno á las campanas.  
MARÍA. No lo crea usted, que allí  
tambien se representaban  
funciones; y yo he salido  
más de una vez á las tablas  
en *El portal de Belén*  
haciendo de una aldeana  
y también en *Los Pastores*  
*de Belén.* (Con viveza.)

ROSA. —Vaya una gracia;  
Siempre estabas en Belén.

(Doña Anacleta acompaña esta escena con mímica que exprese contrariedad, impaciencia ó asombro según el diálogo.)

MARÍA. No, que en otras muchas farsas  
hice diversos papeles  
como en *La casta Susana*  
*Las reglas del catecismo,*  
*Pedro de Luna, antipapa,*  
*El gigante Goliat,*  
*Las tres potencias del alma,*  
*El rabo de Lucifer*  
y *No veo la tostada.*

ROSA. Eso te iba yo á decir.

MARÍA. ¿Que iba usted á decirme? (Con candor.)

ROSA. —Vaya,

que de tan buen repertorio  
no he visto ni una palabra.

MARÍA. Si todas esas comedias  
las escribe el padre Pávias,  
un señor de muchas luces.

ROSA. (Pues parecerá una lámpara),

MARÍA. y de profundos estudios;

ROSA. (y de narices muy largas

á juzgar por su apellido,

MARÍA. Es nuestro padre de almas;

ahora está poniendo en verso

los anales de los papas

desde San Pedro á León XIII;

¡ya ve usted que obra tan magna!

ROSA. Lo será; pero de fijo,

de fijo que más te agradan

otras obras más alegres

y con muchas *circunstancias*

que ya verás en Apolo,

en la Zarzuela ó Eslava,

y así aprenderás canciones

que no parezcan plegarias

y sabrás el *cante jondo*

al compás de la guitarra.

MARÍA. ¿Tan profundo es ese canto?

- ROSA. ¡Como que sale del alma!  
Y podrás lucir tu aquél  
y tu sandunga y tu...
- MARÍA. (Interrumpiéndola.) —Hermana,  
eso de lucir mi aquél  
debe ser cosa muy mala.  
(Santiguándose. Doña Anacleta se santigua también.)
- ROSA. ¡Válgame Dios qué inocencia!  
El aquél, hija, es la gracia;  
cuando Enrique era mi novio  
al taller me acompañaba  
en algunas ocasiones.
- MARÍA. ¿Al taller? ¡Jesús!
- ROSA. —¿Qué pasa?  
(Ahora sí que me he lucido  
y he tirado de la manta).
- MARÍA. ¿A qué taller iba usted?  
¿Y Enrique la acompañaba?
- ROSA. Pues, hija, al de la modista  
yendo también mi criada.  
(La modista, criada y yo  
eran la misma muchacha).
- MARÍA. Ah, ya á mí me parecía...
- ROSA. Bien; pues siempre me rogaba  
cuando íbamos por la calle  
que la letra le enseñara  
de su canción favorita  
y yo se la recitaba  
bajito.
- MARÍA. —¿Logró aprenderla  
de memoria?
- ROSA. —Y olvidarla  
quiso luego, más no pudo;  
se le quedó tan grabada  
que después de ser mi esposo  
siempre me la recordaba.
- MARÍA. ¿Será bonita, verdad?
- ROSA. ¿Cómo es?  
—Vén á escucharla.

## ESCENA QUINTA

MARÍA, ROSA y DOÑA ANACLETA.

- D.<sup>a</sup> ANAC. (Saliendo precipitadamente.)  
—Mariquita.
- MARÍA. —Qué.
- D.<sup>a</sup> ANAC. —Hija mía.  
ha tiempo las doce han dado  
y de fijo has olvidado

- rezar el *Ave María*  
y tus demás oraciones.  
MARÍA. ¿El *Angelus* ya?  
D.<sup>a</sup> ANAC. —¿Lo ves?  
Hoy no has tenido interés  
en cumplir tus devociones.  
MARÍA. Me entretuve..  
D.<sup>a</sup> ANAC. —Lo he oído:  
con cancionetas profanas  
se te han quitado las ganas  
de rezar.  
ROSA. —Yo sola he sido  
la que la distrajo un poco  
y en ello que hay mal no veo.  
Pasar el rato.  
D.<sup>a</sup> ANAC. —Lo creo:  
pero bien no lo hay tampoco.  
Anda y á tu cuarto vé.  
MARÍA. Usted no viene hácia allí. (Compungida.)  
D.<sup>a</sup> ANAC. Como no fuiste por mí  
también yo sola recé.  
MARÍA. (Mientras vá á su cuarto.)  
(Parece que está enfadada;  
algo luego ha de decirme.  
Pues no debe de reñirme  
por causa de mi cuñada.)

## ESCENA SEXTA

DOÑA ANACLETA y ROSA.

- ROSA. (Sentándose junto al velador de la derecha.)  
—¡Qué genio tiene la vieja!  
(Tararea algunas notas de canción popular.)  
D.<sup>a</sup> ANAC. (Sentada junto á la mesa de la izquierda, haciendo labor y mirando fijamente á Rosa.)  
—¿Usted donde se educó?  
ROSA. Es solo curiosidad  
ó va usted á hacerme el padrón.  
D.<sup>a</sup> ANAC. No soy del Ayuntamiento.  
ROSA. Como así lo preguntó  
con cierto mando, creí  
que era de su obligación  
averiguar..  
D.<sup>a</sup> ANAC. —Y en efecto  
no se halla usted en un error.  
Es mi deber inquirir  
en qué colegio aprendió  
que era lícito arrancar  
á una jóven el candor

de su frente y la inocencia  
de su tierno corazón.

ROSA. No sea ponderativa.

D.<sup>a</sup> ANAC. Cómo, ¿que exagero yo?  
¿Va usted á negar que, ahora mismo  
iba á oír una canción  
de esas que llaman flamencas  
aunque de Holanda no vió  
ni las costas? De pensarlo  
casi me da un torozón.

ROSA. *Pus* tranquilícese usted  
que le puede dar y no  
quiero verme en ese apuro.

D.<sup>a</sup> ANAC. ¡Ay, qué mujer tan atroz!  
Esta muchacha no tiene  
ni pizca de educación.)

ROSA. Además no sé qué *infundio*..!

D.<sup>a</sup> ANAC. ¿Éh?

ROSA. —Eso que se le metió  
en la cabeza; si aquí  
charlamos algo las dos  
debe usted de agradecerlo.

D.<sup>a</sup> ANAC. ¡Claro, y pedirle perdón  
por haberla molestado!

ROSA. Vaya, molestar me yo...  
Molestia la de María  
siempre en eterna oración.  
siempre rezando *lartines*,  
siempre contemplando á Dios.  
¡Si la están dejando mema  
á fuerza de religión!

D.<sup>a</sup> ANAC. (Indignada.)

—Calla, lengua viperina,  
calla y no insultes á Dios: (Reponiéndose.)

¿Qué quiere usted, que la eduque  
para que luzca su voz  
con chabacanas coplejas  
de esas que usted aprendió  
que harían ruborizarse  
quizás á un guarda-cantón?

ROSA. (Levantándose.)

—Si me sigue así insultando  
le tiro este velador.

(Vaya con la vieja bruja.)

D.<sup>a</sup> ANAC. ¡Bruja! Pierdo la razón (Levantándose.)  
¡mujer sacrílega, infame!

ROSA. ¡Mamarracho!

D.<sup>a</sup> ANAC. —¡Culebrón!

Le voy á clavar las uñas. (Sale María.)

ROSA. ¡Vaya usted mucho con Dios!

(Váse á su cuarto y cierra con violencia.)

## ESCENA SÉPTIMA

DOÑA ANACLETA Y MARÍA.

- D.<sup>a</sup> ANAC. Ay, yo me siento muy mal. (Lloriqueando.)  
MARÍA. Pero, por Dios, ¿qué ha pasado?  
D.<sup>a</sup> ANAC. Que esa mujer infernal  
ahora mismo me ha insultado.  
Me llamó bruja .. ¡Animal.  
Y mamarracho... jé, jí.  
MARÍA. Jesús, no llore usted así (Compungida.)  
que yo también me acongojo  
y ya tengo malo un ojo  
de lo que he llorado allí,  
D.<sup>a</sup> ANAC. Quise advertirle que era  
su proceder muy ligero;  
se puso como una fiera  
y con un tono altanero  
y de muy mala manera  
me dijo:—Usted á María  
la tiene mema. ¡Tunante!  
MARÍA. No haga usted caso.  
D.<sup>a</sup> ANAC. —Creería  
que verte le gustaría  
en algún café cantante.  
MARÍA. Vamos, eso nada fue.  
D.<sup>a</sup> ANAC. Bruja, ponerme ese mote  
horrible...  
MARÍA. —Olvídelo usted  
D.<sup>a</sup> ANAC. (A la puerta de Rosa.)  
—Adios, Judas Izcariote  
(Mientras va á su cuarto, 1.º izquierda.)  
Ea, ya me desahogué.

## ESCENA OCTAVA

MARÍA sola.

Por mi causa han reñido  
mi tutora y mi hermana,  
y se han dicho después mil sinrazones;  
ay, la soberbia insana  
es dueña muchas veces del sentido  
y entrega la mujer á las pasiones.  
*Pulvis eris* mujer, y los humanos,  
un montón nauseabundo de gusanos.  
Porque yo no pecara  
han pecado las dos y, cosa rara,  
aunque miro brillante mi inocencia

sus pecados remuerden mi conciencia.  
A Dios en desagravio  
otra oración pronunciará mi labio. ( Vase á su cuarto.)

## ESCENA NOVENA

ENRIQUE y JUANITO

Por la puerta del foro. Enrique trae una caja de dulces envuelta en un papel.

ENR. —Pasa.

JUAN. —Pasa.

ENR. —Tu primero.

JUAN. Caramba y que alegre, chico,  
estoy al volverte á ver.

ENR. Yo también he recibido (Deja la caja en el velador.)  
un alegrón de primera.

Conque, ya sabes, insisto  
en todas mis peticiones.

JUAN. No hay más que hablar; te repito  
que con todas me conformo;  
voy á mi casa y aviso  
que á comer me han convidado;  
que no me esperen; prosigo  
mi itinerario y despues  
que á la calle Leganitos  
llegue, siguiendo tus señas,  
encontraré á D. Basilio:  
le pregunto de tu parte  
si esos cortes de vestido  
que esperaba de París  
llegaron ya á su destino.....

ENR. —Según me dice en su carta  
los esperaba el domingo.

JUAN. —Y que te mande le encargo  
el crema color subido.  
¿Eh, qué tal?

ENR. —Buena memoria  
y un don de agradar que envidio.  
Dile que es para un obsequio  
que tengo que hacer hoy mismo.

JUAN. —Perfectamente: enseguida  
hago otros dos encarguitos  
que mi familia me ha dado  
y estoy de vuelta en dos brincos.

ENR. No vayas á tardar mucho,  
hay que comer tempranito  
para después de comer  
dar un vistazo al Retiro  
con mi hermana, la señora  
y mi mujer y mi niño.

JUAN. Así me gusta, así, verte  
tan formal y tan pacífico  
y hecho un padre de familia.  
Hasta luego.

(Vase.)

ENR. —Adiós Juanito.  
Tan formal, vana apariencia:  
con qué placer ahora mismo  
echaba una cana al aire,  
de las que ya me han salido,

## ESCENA DÉCIMA

ENRIQUE y D. BIENVENIDO.

D. BIENV. --(Parece muy campechano.)

ENR. —¡Vaya un tipo!

D. BIENV. —Servidor;  
usted es Enrique, el hermano  
de María.

ENR. —Sí señor.

D. BIENV. —Me alegre; venga esa mano.

ENR. —¡Caballero!

D. BIENV. —Con franqueza.

ENR. —(Este viejo se propasa.)

D. BIENV. —Ya comprendo su extrañeza;  
disculpe mi ligereza  
soy amigo de la casa.  
Desde mi primera edad  
conocí á vuestra tutora  
y, en prueba de mi amistad,  
uso con usted ahora  
de esta familiaridad.

ENR. —Es usted muy dueño don...

D. BIENV. —Bienvenido Camisón.

ENR. Bienvenido, bien venido;  
tengo gran satisfacción  
en haberle conocido.  
Tome usted asiento.

D. BIENV. —Si tal  
que es asunto muy formal  
el que traigo.

ENR. —¿Qué desea?

D. BIENV. (Con misterio y cierta risita.)

—Yo quiero casarme ¡ea!

ENR. (Pues no me parece mal.)

D. BIENV. Me figuro que á los años  
de usted, que á vivir empieza,  
creerá caprichos extraños  
y hasta ficciones y engaños  
de mi ya débil cabeza,

lo que es vehemente pasión  
aunque pasión es de viejo;  
que este señor Camisón  
tras su arrugado pellejo  
tiene un jóven corazón.  
Aunque pesado me crea  
repito pues esta idea  
que sorbido trae mi seso:  
Yo quiero casarme ¡ea!

ENR. —¿Y á mí que me importa eso?

D. BIENV. —Sí le importa.

ENR. —Abrevie usted.

D. BIENV. Calma jóven; ¡qué impaciencia!  
Cuando casarme pensé...

ENR. (Pensaste una impertinencia  
de las de marca *pe* y *pe*.)

D. BIENV. (Con afectación declamatoria.)

Yo ví sus ojos, y antojos  
tan intensos sintió el alma  
que, aún vistos con anteojos,  
me arrebataron la calma  
los antojos por sus ojos.  
Yo ví su cara de cielo  
y sentí tan vivo anhelo  
que, desde entonces, inquieta  
mi razón, no halla consuelo.

ENR. (Adios, me salió poeta.)

D. BIENV. Yo ví su pié diminuto  
y ví su cuerpo divino...

Al recordarlo me inmutó;  
¡juré vestirme de luto  
si me la niega el destino!

EER. —¿Y mi tutora quizá  
le produjo efectos tales?

D. BIENV. —¿Doña Anacleto? No, ¡quíá!  
la buena señora ya  
produce efectos... mortales.  
Ha sido un pimpollo tierno  
quien con poder soberano  
me ha metido en un infierno;  
y al no poder ser un yerno  
quiero de usted ser hermano.

ENR. —¡Ja, ja, ja! Pobre María.

¡Usted lo ha pensado bien!  
Le ofrece... todo un edén;  
un amor de... fantasía  
y edad de... Matusalén.

(Irónicamente.)

D. BIENV. —Sí, de la edad el rigor  
me hizo viejo, si señor;  
pero tengo tres millones  
que son, vamos, tres razones  
para parecer mejor.

- ENR. — ¡Viejo y rico! ¡Qué fortuna  
vernos de billetes hartos!  
No abrigue usted duda alguna  
de que se queda á su *luna* (Dándole en la calva.)  
de Valencia y con sus *cuartos*.  
Mi hermana que es un modelo  
de todas las perfecciones  
no tiene otras aficiones  
que pensar en Dios, el cielo  
y en sus rezos y oraciones.
- D. BIENV. — Si su religiosidad  
con mi modo se concilia...  
Aunque soltero, mi edad  
me otorga la gravedad  
de los padres de familia.
- ENR. — Bueno, pero mi opinión  
es que á casarse no acceda.
- D. BIENV. — ¡Tan linda! En una ocasión  
la ví jugando á la rueda  
y yo rodé de emoción.
- ENR. En fin, señor, basta de  
tan ridículos papeles.
- D. BIENV. — ¿Qué dice? (Con asombro.)
- ENR. — Pues digo que  
que no se han hecho las mieles  
para su boca de usted.  
Pues poco que se reiría  
ella que es tan inocente  
si supiese su manía;  
de fijo la contaría  
á todo bicho viviente.
- D. BIENV. — Es decir, que por las trazas,  
de mi amor risa le diera.
- ENR. — No hay que dudarlo siquiera;  
y le dará calabazas  
de la clase que usted quiera.  
De este paso no hago caso  
que estoy de muy buen humor;  
si ha sufrido usted un fracaso  
culpe á su... ferviente amor  
que le hizo dar tan mal paso.
- D. BIENV. — Pues yo insisto, ¡yá lo creo!  
Que quiero casarme ¡ea! (Vase.)
- ENR. Así está el mundo; yo veo  
en cada casado un... reo  
y este casarse desca.

## ESCENA ONCE

ENRIQUE solo.

Que hermoso encontré á Madrid;  
¡qué animación, qué alegría!

Nueve meses encerrado  
en capital de provincia  
de tercera... ¡qué aburrido  
he visto pasar los días!  
Tomé el tren, fijé mi asiento  
en un rincón de Castilla  
y desde allí mandé el parte  
de mi boda á la familia.  
Por supuesto que la fecha  
fué una solemne mentira;  
y gracias que así lo hice,  
que si nó ¿quién justifica  
adelantos prematuros  
en...? ¡Ave María Purísima!  
—¡Qué hermoso es tu niño!—exclama  
al vernos llegar, María.  
—¿Qué edad tiene?—Cinco meses.  
¡Ah, pues nadie lo adivina  
que está muy desarrollado,  
Doña Anacleta replica.  
Y eso que es sietemesino,  
respondo yo; otra mentira  
para que ellas no comprendan  
de nuestra boda el enigma.  
Todo irá bien, desde luego;  
tengo á Rosa prevenida  
y ya he logrado que sea  
á mis mandatos sumisa.  
A propósito; estoy sólo.  
¿En dónde estarán metidas?  
¡Calla y ni lo habia notado...!  
Éstá visto; mi delicia  
es el quedarme hecho un tonto  
con mi eterna pesadilla. (Llamando)  
Rosa, Rosa. No contesta.  
Doña Anacleta, María.  
(A la puerta de la habitación de Rosa)  
Abreme. (Cantando)  
«Rosa de Abril  
Cándida flor.» Anda hija.  
ROSA. (Desde dentro)  
—Váyase usted al infierno.  
ENR. ¡Canastos! Virgen santísima.  
Aquí ha ocurrido algo grave  
¡Y yo no me lo temía!

## ESCENA DOCE

ENRIQUE Y MARÍA.

MAR. (Saliendo)  
Ay, Enrique, yo quisiera...

- ENR. —¿El qué?  
MAR. —Volver al convento.  
ENR. —Hermana. ese pensamiento me parece una tontera. Cuéntame, ¿qué te ha pasado para esa resolución?  
MAR. —Nó, nada; la vocación que siempre le he profesado.  
ENR. —Dispénsame, no te creo; algo te sucede; y mira ya sabes que la mentira (Sentenciosamente) es un pecado muy feo. Tu estás pálida y llorosa; la verdad debes decirme.  
MAR. —Está bien; pues quiero irme porque ha pasado una cosa.  
ENR. —¿En dónde; en mi casa?  
MAR. —Sí.  
Tuvieron desavenencia y á faltarles la prudencia se pegan las dos aquí.  
ENR. (Adios, ya pareció aquello.)  
MAR. ¡Si me parece mentira!  
—Doña Anacleta de ira por poco pierde el resuello. Todo por mi culpa fué.  
ENR. —Por tu culpa... ¿quién te inculpa?  
MAR. —Por mi grandísima culpa (Llorando) porque á tu Rosa escuché.  
ENR. —Déjate de esa pamplina que yo lo arreglaré todo; y no llores de ese modo que me entristeces, tontina. Oye, te traigo un regalo que es una cosa muy maja. (Cogiendo la caja) Adivínalo.  
MAR. —¿Una caja?  
ENR. —Llena de dulces.  
MAR. (Con mimo) —¡Qué malo!  
ENR. —¡Caramba y qué hermosa pera! (Sacando un dulce) Cómetela si me quieres; otra como tú, que eres una perita en dulcera.  
MAR. —¡Ay Jesús! (Probándolo y dejándolo.)  
ENR. —¿No te ha gustado?  
MAR. —El dulce me está prohibido.  
ENR. —Pues hermana, yo no he sido...  
MAR. —Si me lo como es pecado.  
ENR. —¿Pecado? ¡Qué tontería! No hay quien tal pecado entienda. (Leyendo.)  
MAR. —«No comer dulces» ofrenda

que debo hacer este día.

ENR. —Que no te entiendo repito.

MAR. —¡Ay qué torpeza! Léete aquí.

ENR. (Leyendo la hoja)

—Ahora lo comprendo, sí.

(Bueno está el almanaquito.)

En fin qué le hemos de hacer;

(Dándole la caja.)

Guárdala en tu habitación.

MAR. (Devolviéndola.)

—Es muy mala tentación;

que la guarde tu mujer.

ENR. —¿Mi mujer? nó.

MAR. —Sí.

ENR. —No cedo.

¿Mi mujer? ¿Rosa?

MAR. —Tu esposa.

ENR. (Pues como la guarde Rosa  
tu vas á chuparte un dedo.)

—Es mayor el sacrificio (Con énfasis)

mientras más trabajo cuesta.

Ante una acción como esta

Dios dará más beneficio.

MAR. —Es cierto: qué religioso

Enrique te has educado;

tu jamás habrás pecado

¿verdad?

ENR. —Es muy peligroso.

Tan sólo una vez pequé

y Satanás me cojió

MAR. —¡Qué miedo...!

ENR. —Eso dije yo:

¡qué *jindamitis* pasé!

MAR. —¿Te hizo sufrir el demonio?

ENR. —De una manera horrorosa.

(Como que me dió la esposa,  
el suegro y el matrimonio.)

Me dijo así Lucifer:

para purgar tu pecado

estaré siempre á tu lado...

(En figura de mujer.)

MAR. —¿Y cumplió su ofrecimiento?

ENR. —No sé si lo habrá cumplido;

bien es verdad que he tenido

completo arrepentimiento.

MAR. —Entonces de fijo huyó

y no andará junto á tí;

(Vá á abrazarlo y retrocede.)

Hueles á azufre, sí.

ENR. —¿Sí?

Porque lo he tomado yó.

Más, calla; que tu madrina

ya sale y viene hacia aquí.  
MAR. —¿Debo de marcharme?  
ENR. —Sí;  
digo, si quieres monina.  
(Vase María y tras breve indecisión se come el dulce antes de entrar en su cuarto.)

## ESCENA TRECE

DOÑA ANACLETA, ENRIQUE Y DESPUES ROSA.

D.<sup>a</sup> ANAC. —De mi disgusto el motivo  
tu hermana te habrá contado.  
ENR. —Eso no tiene importancia  
y usted debe de olvidarlo.  
D.<sup>a</sup> ANAC. —Olvidarlo, te equivocas;  
una mujer de mi rango  
perdona pero no olvida  
cierto género de agravios.  
Después de pensarlo bien  
me he decidido; me marchó.  
ENR. ¿También quiere usted marcharse?  
(Pues señor, si más me tardo  
creo que tan sólo encuentro  
las paredes y los clavos.)  
Marcharse; ¿dónde irá usted?  
D.<sup>a</sup> ANAC. —Donde no mire eselabio  
que alevoso me insultó  
y yo no logré arrancarlo.  
ENR. —Insultos, quien piensa en ellos.  
Agravios, no hay tal agravio.  
Son... pláticas de familia;  
ya sabe usted el adagio.  
D.<sup>a</sup> ANAC. —No tal; si posible fuera  
que los nobles fijosdalgo  
que la immaculada extirpe  
de mi linaje formaron  
y mi alcurnia en sus blasones...  
ENR. —(Adios, ya estoy aviado.)  
D.<sup>a</sup> ANAC. —Con pujanza insuperable  
siempre con sangre sellaron.  
Si los que en rudas batallas  
honra obtuvieron y láuros  
vieran de su descendiente  
el limpio escudo manchado,  
el marqués de Montealegre  
y el conde de Montelargo  
y el duque de Montecorto  
y el barón de Montecarlo,  
con lenguaje montaraz

dieran sus montes al diablo;  
y, sobre campos de gules,  
cuarteles ajedrezados,  
calderas, cascos y plumas,  
lises, espadas y endriagos,  
lívido de furia el rostro  
yacieran avergonzados:  
que el *tángere nollí me*  
entre ellos legendario,  
es sólo un letrero inmundo:  
«vieja bruja y mamarracho.»

ERN.

—(Esto sólo me faltaba.)

Arranque tan... nobiliario  
estuviera en su lugar  
si lo mereciera el caso;  
pero mi Rosa es así,  
tiene sus cosas... ¿estamos?  
ella no anda muy católica...

D.<sup>a</sup> ANC.

—No, si ya se lo he notado;  
por eso la he reprendido  
por no ser cristiana.

ENR.

—Vamos,

quiero decir que está mal. (Haciendo señas de locura.)

(Yo tengo que inventar algo.)

Es sólo monomaniaca;  
tiene delirios á ratos,  
no sabe lo que se dice,  
y todo hay que dispensárselo.

Ya usted ve cómo será  
que una vez armó un escándalo  
y por poco no me quedo  
por ella, sin hueso sano.

D.<sup>a</sup> ANAC.

—Tu debiste de advertírmelo.

ENR.

—Es verdad, se me fué el santo  
al cielo.

ROSA.

(A la puerta de su cuarto) —¿Sigues ahí?

Me alegre, porque te aguardo.

ENR.

(Rápidamente cogiéndola de la mano.)

—¿También quieres tu marcharte?

ROSA.

—Sola no; los dos nos vamos.

ENR.

—De aquí no se marcha nadie  
mientras yo quiera; lo mando.

¡Vaya, no faltaba más!

¿Quién es de esta casa el amo?

D.<sup>a</sup> ANAC.

—(Hijo, no la contradigas  
no vaya á armar otro escándalo.)

ENR.

—Ya reyertas y disgustos  
no tolero, se acabaron.

¿Oyes Rosa?

ROSA.

(Con humildad) —No creí  
te hallaras tan enfadado.

Bueno Enrique, ya me voy  
otra vez para mi cuarto.  
D.<sup>a</sup> ANAC. —(Lo que son siempre las cosas;  
tan humilde ha replicado  
que ahora me da de ella lástima  
y él me parece un tirano.)

## ESCENA CATORCE

DICHOS Y JUANITO.

JUAN. —Mira si soy puntual.  
ENR. —Qué pronto diste la vuelta.  
JUAN —Chico, á mí siempre me gusta  
hacer las cosas en regla.  
Señoras... á vuestros pies.  
ENR. —Mi amigo Juanito Fiestas  
un jóven muy apreciable  
que quiero desde la escuela.  
D.<sup>a</sup> ANAC. —Caballero, tanto gusto..  
JUAN —El gusto..  
ENR. —Doña Anacleta,  
mi tutora, y mi mujer..  
JUAN —Tanto gusto en conocerlas.  
(Hombre y como se parece  
esta jóven á mi Pepa.)  
D.<sup>a</sup> ANAC. —Muchas gracias.  
ROS. —(Qué angelito  
más *patoso* y con la geta  
que *paece* que está de duelo;  
y el *gachó* se llama Fiestas.)  
ENR. —Ea, dejarse de cumplidos  
y basta ya de etiquetas.  
Juanito está convidado  
á comer en nuestra mesa;  
hoy pasará con nosotros  
todo el día.  
ROS. —(¡Esa es buena!)  
JUAN —Sí, por mí no molestarse;  
yo soy un... cero á la izquierda.  
Tienen el sombrero puesto.  
¿Van á salir? Con franqueza..  
D.<sup>a</sup> ANAC. —Nó, nó, ya hemos regresado;  
ahora vinimos de vuelta.  
Rosita salió conmigo;  
hemos estado de tiendas  
comprando unas fruslerías.  
ROS. —(¡Qué cumplida y qué embustera!)  
JUAN —Hombre, á propósito.  
ENR. —Qué.  
JUAN —Esas compras me recuerdan

la razón de Don Basilio;  
me dijo que el traje crema  
lo mandarán enseguida,  
pues ya en su poder se encuentra.

ROS. —¿Has comprado un traje?

ENR. —Sí,

un regalito á la nena.

D.<sup>a</sup> ANAC. —Pues, con su permiso, vamos  
á quitarnos estas prendas.

ENR. —Nosotros nos distraeremos

y...

JUAN —Son ustedes muy dueñas.

D.<sup>a</sup> ANAC. —(Estos jóvenes del día  
tienen tal maña y destreza  
que simpáticos se hacen  
no tan sólo á las solteras.)

(Vanse las señoras.)

## ESCENA QUINCE

ENRIQUE Y JUANITO.

ENR. —¿Conque te produjo asombro  
de mi vida la reforma?

JUAN. —Te juro que, de no verlo,  
te creyera otra persona.  
Tú, el libertino elegante,  
haciendo vida de monja  
y el que odiaba el matrimonio  
presentándome á su esposa.

¡Ja, ja, ja! Bueno es el mundo,  
chico, se ven unas cosas...

ENR. —Qué quieres.

JUAN. —Sí, lo comprendo;

es que te llegó tu hora;  
¿no es así?

ENR. —Vaya si es.

Oye Juanito la historia  
y no *sueltes* ni una frase;  
que mi familia la ignora.  
Rosita era modistilla...  
una modista preciosa.

JUAN. —Ya adivino lo demás,  
tu quisiste en mala hora  
ser modisto de modistas  
para enterarte de modas;  
y fuiste tras de los hilos...

ENR. —Hilos de color de *rosa*  
con los que echaron un nudo  
que mi garganta aprisiona.

JUAN —Es decir, que te salió

- la modista respondona.  
ENR. —Lo que me salió fué un padre  
que, en un tris, no me acogota.  
Entre aquél padre zulú  
y un hermanito de Rosa  
nos pescaron una noche  
después de una comilona  
y me dieron un *julepe*...
- JUAN —¡Qué aventura más chistosa!  
ENR. —Hombre, pues lo que es el chiste  
no se lo he visto hasta ahora.
- JAUN —El padre te dijo:— «Yerno,  
se casa usted con su novia,  
ó...»
- ENR. —No se metió en cumplidos;  
me dió de manos á boca  
dos puñetazos en el  
vacío y quedé en la forma  
de una alcayata; enseguida...  
¡Ay Juanito! allí fué Troya.
- JUAN —Si acababas de cenar  
no fué pesada la broma;  
tendrías lleno el vacío  
y no te dolió.
- ENR. —¿Te mofas?  
Hubiera en aquel momento  
querido ser una sombra  
ó un cienpies.
- JUAN —Para ocultarte.  
ENR. —Para escapar de la *bronca*  
y con todos los cien pies  
ponerlos en polvorosa.
- JUAN —Nó, con una buena vara  
ya hubieras...
- ENR. —¡Qué idea tan tonta!  
¿Una vara? Otros tres pies  
para salvar mi persona.
- JUAN —Pues hijo, ¿y los dos que tienes?  
ENR. —Cerca de un cuarto de hora  
anduve con cuatro, á gatas;  
¡qué felpa tan horrorosa!  
Y estuve catorce días  
sentado en una poltrona  
y en un pie como las grullas;  
me partieron una rótula  
aquellos dos beduínos;  
mira el chiste de la cosa;  
que me casé á los dos meses.
- JUAN —No quisiste verte en otra.  
ENR. —Ni que la curia formase  
una causa escandalosa  
ni dar á los periodistas

materia para sus crónicas.  
En fin que, desde aquel día,  
tengo ganada la gloria.

JUAN  
ENR.

—Y ya eres padre.  
—Si, padre

sin casulla y sin estola.  
—Pues chico, muy mala suerte  
esa narración denota.

JUAN

Yo también tuve mi Pepa,  
una morenita hermosa  
con un padre... un mastodonte  
disfrazado de persona.  
Y también la hice el amor  
y también le dí la *coba*,  
y también tuvo su gancho  
y también tuve mi *bronca*.  
Pero fué mi desenlace  
muy distinto al de tu historia;  
yo empecé mi aventurilla  
en esta Villaviciosa  
y la acabé en... Villadiego. (Haciendo señas de haberse ido.)

ENR.  
JUAN

—Esa es una suerte loca.  
—Te advierto que el *Morralete*  
que era el padre de mi novia  
es hombre de pelo en pecho  
y por poco me desloma  
y me la tiene jurada;  
más yo como si tal cosa,  
que á mí no me asusta nadie;  
en donde las dan, las toman.

ENR.  
JUAN

—Yo en cambio caí en la red.  
—Sí, te pusieron la esposa  
ó el grillete que es lo mismo.

ENR.

—Hice un pan como unas hostias.

## ESCENA DIEZ Y SEIS

DICHOS Y EL MORRALETE Y DESPUÉS ROSA, MARÍA,  
D.<sup>a</sup> ANACLETA Y D. BIENVENIDO.

*El Morr.* (Entrando y como hablando con alguien.)

—Sí, ya lo sé; muchas gracias.  
¿Dan ustedes su permiso?

ENR.

—Puede usted pasar; ¿qué quiere?

EL MORR.

—El traje que D. Basilio,  
un señor comisionista  
que me tiene á su servicio,  
manda para D. Enrique.

JUAN

—(¡El Morralete, Dios mío!) (Muy asustado.)

EL MORR.

(Dando lo que indica.)

—Se lo entrego en propia mano

- según me ha encargado él mismo;  
y esta carta y estas muestras.  
ENR. (Pasando la carta.)  
— Está bien.
- EL MORR. — Pues me retiro.  
JUAN — (Gracias á Dios.)  
EL MORR. (Aceptando la propina.)  
— Muchas gracias.
- ROSA (Saliendo.)  
— A ver el corte, ¿es bonito?
- EL MORR. (Desde el foro.)  
— ¡Caramba, sobrina Rosa!
- D. ANAC. — (¡Jesús! ¿quién será este tío?) (Saliendo.)  
EL MORR. — ¿Tú en Madrid? Cuanto me alegro.  
ROSA — El Morralete, padrino.  
ENR. (Cayéndosele el envoltorio que llevaba al cuarto de María.)  
— (Ay, á mí me va á dar algo.)
- MARÍA (Saliendo.)  
— ¡Que se echa á perder el lio!
- EL MORR. — Dame otro abrazo, sobrina.  
ROSA — Con mil amores, tiito.  
MARÍA — ¿Otro pariente? ¿Quién es?  
D.<sup>a</sup> ANAC. — ¡Vaya un pariente lucido!  
JUAN — (¡A mí si que me revienta el parentesco maldito!)  
EL MORR. (Viendo á Juanito y cogiéndolo rápidamente por el cuello.)  
— ¡Tunante!
- JUAN — ¡Favor, socorro!  
EL MORR. — Ahora no te escapas, pillo.  
D.<sup>a</sup> ANAC. — ¿Pero usted se halla demente?  
Este hombre ha perdido el juicio.  
EL MORR. — Te voy á romper la crisma.  
JUAN — ¡Ay, favor; al asesino!  
ENR. — Oiga, que está uste en mi casa.  
EL MORR. (Con calma.)  
— Ya que le tengo cogido me explicaré; no apurarse.  
Este charrán señorito se burló de mi hija Pepa.  
De tu prima. (A Rosa.)
- ENR. — ¡Jesucristo!  
EL MORR. — Y pagará lo que debe;  
si nó le rompo el bautismo.  
(Con mucho miedo.)
- JUAN — Yo... no...  
EL MORR. (Sacando una navaja )  
— ¿Que nó?  
— ¡Jesús!
- D.<sup>a</sup> A. Y M. (Interponiéndose y sujetándolo.) — ¡Hombre!  
ENR. — No... si... no sé lo que digo.  
JUAN — Juré que cuanto le viera iba á habérselas conmigo;  
EL MORR.

y aunque siempre escurrió el bulto,  
ahora cayó en el garlito.

D.<sup>a</sup> ANAC. —Ay, qué lástima de jóven  
en qué familia ha caído.

ROSA —Oiga usted, qué es en la mía  
la de Enrique, mi marido.

EL MORR. —Otro, que también se trajo  
las mañitas de su amigo.

D.<sup>a</sup> ANAC. —¡Era *rosa* con espinas...!  
Me lo habia presumido.

MARÍA —¿*Tu quoque?*

ENR. —¡Voto al infierno!

Esto ya no lo resisto.  
Hágame usted el favor;  
si mal se portó mi amigo,  
él sabrá de qué manara  
ha de purgar su delito;  
pero eso es cosa de ustedes;  
no debemos ser testigos  
de escenas de cierta clase  
que ceden en desprestigio  
de mi familia.

EL MORR. —Está bien.

Véngase usted, amiguito;  
mejor se arregla este asunto  
estando los dos solitos.

(Coje á Juan por una oreja.)

JUAN —Pero... sí señor... me caso.

(Este me desuella vivo.)

(Vánse el Morralete y Juan, y tropiezan con D. Bienvenido.)

D. BIENV. —Ay, ay.

EL MORR. —¿Vá usted ciego?

D. BIENV. —Ciego

y las estrellas he visto...

## ESCENA DIEZ Y SIETE

TODOS MENOS LOS DOS CITADOS.

ENR. —(Esto sólo me faltaba.)

D. BIENV. —Señora Doña Anacleta... (Con alegría.)

D.<sup>a</sup> ANAC. —D. Bienvenido, felices; (Con sequedad.)  
¿se hizo usted daño?

D. BIENV. —Esta pierna  
sólo un poco resentida.

ENR. —(Y que no te la partieran,)

ROSA —(¡Jesús, que viejo más raro!)

D. BIENV. —Antes también vine á verlas  
y hablé con su ahijado Enrique.

D.<sup>a</sup> ANAC. —Siempre usté á su casa llega.

- MARÍA —(¿A qué vendrá este buen viejo?)  
D. BIENV. —Pues, como insisto en mi idea me dije: á salir de dudas, la ocasión puede ser buena, yo suelo ser oportuno...
- ENR. —¡Oportunísimo! Esta la cojió por los cabellos. (Por donde yo te cojera si no estuvieras tan calvo.)
- D.<sup>a</sup> ANAC. —Vamos, Camisón, ¿qué nuevas son esas que usted nos trae?  
D. BIENV. —No son ni nuevas ni viejas; son... nobles aspiraciones que vagan por mi cabeza y quiero ver realizadas; que pienso en casarme ¡ea!
- D.<sup>a</sup> ANAC. —D. Bienvenido, esas cosas á pesar de su franqueza (Con mimo.) son para hablarlas los dos, si á los dos nos interesan.
- ROS. —(Miren también la jamona, qué entusiasmada y qué tierna)  
D. BIENV. —Interesarle... no mucho.  
ENR. —(Salga el sol por Antequera, porque más no me contengo.)  
Madrina, el señor desea casarse con una jóven; quiere dar su nombre y rentas, á mi hermana.
- MARÍA —¡Vade retro  
*Satanás!* (Haciendo la cruz y amparándose de Enrique.)
- ENR. —(¡Chúpate esa!)
- ROSA —(Este viejo está *alelao*, de seguro que chochea.)
- D.<sup>a</sup> ANAC. —Don Bienvenido, por Dios, ¿usted perdió la chabeta?  
D. BIENV. —Ay, son pasiones de viejo y por tanto muy intensas; me parece que al decirlo no cometo una torpeza.
- D.<sup>a</sup> ANAC. —Sí, Camisón, que se mete en once varas y media. (Con rabia.)  
Mariquita, no hagas caso.
- ROSA —(Bien hace el papel de suegra.)  
MARÍA —Si yo ni miro, ni escucho; me da miedo el que me vea.  
ENR. —Bienvenido ó mal llegado ya sabe usted la respuesta que esperaba, conque ahora... (Indicándole que se vaya.)
- ROSA —(A este Camisón le dejan sin puños y sin tirilla

como no tome la puerta.)

ENR. —Vamos. ¿A qué espera usted?

D. BIEN.V. —He entendido la indirecta.

ENR. —Pues si la entendió, ya sabe,  
que yo también digo: ¡ea!

D. BIENV. —Y que todas me desairen...

¡Maldita mi suerte perra...! Váse.

ENR. —Adios, seductor de siglos; (Al foro.)

Adios, Tenorio en conserva.

## ESCENA ÚLTIMA

DICHOS MENOS D. BIENVENIDO.

ENR. —Sé lo que va usted á decirme (A Doña Anacleta )

y quiero ahorrarle el trabajo:

hermana, desde este instante

mi esposa y yo, nos mudamos.

Usted, cariñosa siempre,

seguirá con el encargo

de hacer que no se marchite

esta hermosa flor de Mayo;

así en paz nos llevaremos,

no como perros y gatos.

(Adelantándose al proscenio con Maria.)

Y ahora, niña inocente

que tan celosa,

huyes las tentaciones

pecaminosas,

fíjate en lo que has visto

y aprenderás

que quien los vicios busca

concluye mal.

Pues muchas veces suele

la Providencia

poner en el pecado...

la penitencia.

TELÓN

## FIN

## FÉ DE ERRATAS

| <u>Pág.</u> | <u>Línea</u>    | <u>Dice</u>               | <u>Debe decir</u>          |
|-------------|-----------------|---------------------------|----------------------------|
| 19          | 8               | que sorbido trae mi seso: | que ha sorbido ya mi seso. |
| 28          | 1. <sup>a</sup> | la modista responzona.    | la modista, una señora.    |
| 25          | 38              | no se marcha nadie.       | nadie se me marcha.        |
| 30          | 35              | á habérselas conmigo.     | á hacerlo picadillo.       |
| 31          | 4               | en qué familia ha caído.  | ¡en qué familia Dios mío!  |

## OBRA DEL MISMO AUTOR

*El Paso á cuatro*, zarzuela en un acto en prosa y verso.



